

Liah Jones

18



Celos

ENVIDIA

@Liah Jones

Primera edición: septiembre de 2019

### **Copyright**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

## **Celos**

-¿Vas a salir vestida así?

Esa simple pregunta fue el detonante de todo lo que pasó después.

-Sí ¿pasa algo? ¿No te gusta? ¿O es que vamos a tener otra discusión por culpa de tus celos? -- me soltó, enfadándose por instantes y con sus brazos en jarras.

Claro que me gustaba, como para no hacerlo. A mí y a todo hombre con el que se encontrara aquella noche cuando saliera de fiesta con su amiga y su hermana. Y es que estaba preciosa con aquella minifalda, aquellas medias de rejilla, aquellos tacones de vértigo, aquella camiseta súper ajustada...

Aunque, a decir verdad, toda ella era una preciosidad. Lorena, mi novia durante los últimos tres años, dos de los cuales viviendo juntos, era una chica de las que solemos llamar cañón. Cabellera larga negra, que solía recoger en una coleta, unos ojos verdosos, aquella carita de rasgos finos y delicados que le daban un toque inocente, que no tenía... un cuerpo esbelto y cuidado a base de gimnasio, pechos generosos que apenas podía abarcar con mis manos, piernas largas y torneadas y un culo firme y buen puesto.

Como para no estar celoso. Yo soy un tipo más bien normal y cada vez que salíamos juntos tenía que aguantar como los demás tíos recorrían con su mirada de forma lasciva el cuerpo de mi chica. Pero yo la quería y mucho, procuraba aguantar como podía pensando que cuando llegara a casa sería yo el que se acostara con aquel pedazo de mujer y no ninguno de aquellos cerdos.

Pero a veces, sin darme cuenta, brotaba esa parte de mí que procuraba ocultar ya que sabía que a ella no le gustaba nada. Y entonces se liaba parda. Como estaba a punto de suceder.

-¿Celoso? ¿Yo? Qué va, solo lo decía por tu propia comodidad, cariño. Con esos tacones es imposible que puedas bailar y, además, luego te quejarás que te duelen los pies.

Le mentí como un bellaco, está claro. Porque sí, lo reconozco, soy celoso pero hay otro defecto que aun supera a ese y no es otro que el de ser orgulloso. Así que, por nada del mundo, iba a darle la razón a mi novia.

-¿O sea que no eres celoso? entonces no te importará si me quito el sujetador y salgo con la tetas libres y bien apretaditas contra la camiseta, marcando pezón... -lo dijo para provocarme, estaba claro, pero yo no iba a dar mi brazo a torcer. Todo por no reconocer mi cagada. Maldito orgullo.

Lorena me miró de forma retadora, con sus ojos brillando por la furia que yo había provocado y, para mi sorpresa o no tanto, coló las manos bajo su camiseta y se deshizo de la prenda de forma rápida y precisa. Provocadora, me enseñó el sujetador y lo lanzó a mis pies, escrutando mi reacción.

Miré el sujetador, luego su camiseta donde se marcaban de forma contundente sus pechos y aún más sus pezones y luego su rostro triunfante. Y es que, si como os he dicho yo soy orgulloso, Lorena lo era aún más y tampoco estaba dispuesta a ceder ante mis celos y mi negativa a reconocerlos.

-Si así estás más cómoda... -sólo acerté a decir.

Otro destello de furia cruzó por su cara y, cuando estaba a punto de saltar sobre mi yugular, sonó el timbre de la puerta salvándome de una muerte certera. Sus tacones resonaron por el pasillo mientras se dirigía a la puerta a abrir a sus compañeras de juerga.

-Ala tía --sentí que exclamaba su amiga Maite --Ya veo que vienes en pie de guerra -- supuse que lo decía por sus pezones inhiestos y me figuré que, como solía ser ella de atrevida, seguro que se los habría tocado por encima de la camiseta. Ella era así.

-Joder hermanita, así no hay manera -- ahora era el turno de su hermana Paula. Y es que, con Lorena vestida de esa guisa, pocas oportunidades de ligar le daba a su hermana que, aunque no era fea, nada tenía que ver con su hermana.

-Calla, calla que esto es solo para darle un escarmiento al gilipollas de Miguel --sentí que les decía a ellas.

-¿Celoso otra vez? -- Preguntó Maite-agggg... lo que daría yo por tener un chico que se preocupara por la ropa que me pongo en vez de pensar en cómo quitármela, jajaja.

-Pues si quieres te lo regalo --dijo mi novia denotando el intenso cabreo que tenía.

-Oye, pues no te digo yo que no --le contestó su amiga-ya sabes que no me importaría hacerle un favor...

-Lo que me faltaba --exclamó Lorena -- encima ésta con ganas de tirarse a mi novio.

Yo, desde la habitación, escuchaba anonadado la conversación que mantenían en el salón como si desde allí no pudiera oírlas perfectamente.

-¡¡¡Miguel!!! -- Gritó Lorena --¡¡ven aquí ahora mismo!!

¿Y ahora que quería ésta? ¿Pensaba seguir discutiendo con ellas delante? Yo, al menos, no pensaba hacerlo. Aquella interrupción había hecho que me calmara algo y no pensaba darle la satisfacción de ridiculizarme ante su amiga y su hermana.

Cuando entré en el salón, vi por primera vez a las otras dos chicas.

-Hola chicas --saludé- ¿Con ganas de salir de juerga?

Fue Maite la primera que se me acercó a darme dos besos. Como siempre, aquella rubia teñida estaba espectacular. Llevaba un ajustado vestido que ceñía sus tetas, aún más grandes que las de mi chica, marcaba de forma escandalosa sus anchas caderas y su soberbio trasero, dejando al descubierto la mayor parte de sus generosos muslos.

-No lo sabes tú bien --me contestó mientras sentía sus labios en mis mejillas y me embriagaba con su perfume.

-Hola cuñado --me dijo Paula a su vez.

Ella, como ya os había dicho, no tenía nada que ver con su hermana. Apenas llegaba al 1,70, su pelo negro lo llevaba corto, también delgada, con un busto más bien escaso lo que le permitía ir siempre sin sujetador, caderas estrechas y lo más reseñable de ella, su culito firme y respingón. Lo único que tenía en común con su hermana era aquel rostro inocente que, por lo que conocía de ella, sí que se ajustaba a su carácter y forma de ser.

Paula, para la ocasión, había elegido unas mallas ajustadas para resaltar la mejor parte de su anatomía y una camiseta ceñida donde se marcaban sus tetitas libres de ropa.

-Pues como os estaba diciendo, Miguel sigue empeñado en negar que es un tío celoso-prosiguió Lorena-así que, como al parecer no le molesta que vaya así vestida he pensado que, si a vosotras no os importa, podría venirse con nosotras de marcha.

Las dos chicas se miraron, intuyendo por donde iban los tiros y fue Maite la primera en responder.

-Claro que sí --dijo divertida-esta noche promete que nos lo vamos a pasar en grande jajaja.

-A mí me da igual -respondió tímida Paula no queriendo posicionarse con ninguno.

-Entonces ya está decidido --dijo volviéndose hacia mí-vete a cambiar que te vienes con nosotras. Ya veremos si cuando acabe la noche sigues manteniendo que no eres un hombre celoso.

No tenía ganas de discutir así que me encaminé a la habitación a cambiarme para acompañar a las chicas en su salida nocturna. O sea, que ese era el plan de Lorena. Me obligaba a salir con ella vestida de esa guisa, esperando que a la mínima saliera mi vena celosa y acabar dándole la razón, que era lo que realmente le importaba.

No se lo iba a poner fácil y estaba seguro que ella tampoco a mí. Pero, costara lo que costara, tenía que mostrarme fuerte y no dar mi brazo a torcer. Y el primer paso para conseguir descolocarla y hacerle entender que a ese juego podíamos jugar los dos, era acicalarme como pocas veces hacía poniéndome mis mejores galas.

Cuando me miré en el espejo, supe que había conseguido mi objetivo. Como ya he dicho, soy un tío de lo más normal, lo que no quiere decir que sea feo. Unos tejanos ajustados que marcaban mi culo y una camisa negra de manga corta, semiabierto mostrando parte de mis pectorales y dejando al descubierto mis fuertes brazos.

Cuando salí al salón unos silbidos de admiración de Maite, el enrojecimiento de cara de Paula y la cara de mala hostia de Lorena me confirmó que la primera victoria era mía.

Bajamos a la calle donde nos esperaba el coche de Paula al cual nos montamos, yo delante junto a mi cuñada y Lorena y Maite detrás cuchicheando entre ellas. Supuse que estarían hablando de mí y decidí ignorarlas y concentrarme en conversar de forma animada con Paula que estaba encantada con la atención que le estaba prestando.

No tardamos mucho en llegar a un local en el que no había estado nunca y que Paula me dijo que les había recomendado ella. Era un bar de copas que solían frecuentar los estudiantes universitarios, por eso lo conocía Paula, recién estrenada ese año en el ambiente estudiantil.

En cuanto salimos del coche y antes de que Lorena pudiera hacer o intentar cualquier acercamiento, cogí de la cintura a Paula convirtiéndola de esa manera en mi acompañante.

-Si no te importa me llevo a Paula conmigo, que nos hemos quedado a media conversación y como nos lo estábamos pasando tan bien... -le dije con mala intención a Lorena que acusó el golpe frunciendo el ceño.

Estaba claro que las cosas no estaban saliendo como ella quería pero estaba seguro que no se iba a rendir e iba a darlo todo para salirse victoriosa. Miró a Maite que le devolvió la mirada cómplice y eso me confirmó mis sospechas, aquellas dos habían planeado algo y no iba a tardar mucho en descubrirlo.

Entramos al local y, guiado por mi cuñada, nos acercamos a la barra mientras seguíamos conversando sobre sus estudios y su adaptación a su nueva vida. Las otras dos nos seguían enfrascadas en su propia conversación que no era capaz de escuchar con el ruido de la música.

Dos barras en cada punta del local, una zona de reservados cerca de cada barra y una pista central donde bailar componían la planta baja de aquel local. En la segunda, según me contó Paula, era una zona más tranquila donde la gente se relajaba y, sobre todo las parejas, aprovechaban su intimidad para meterse mano. Y lo dijo poniéndose roja, claro está.

Yo aproveché para meterme con ella, interesándome por saber si lo sabía por experiencia propia, cosa que ella negó vehementemente, provocando que primero yo y luego ella contagiada por mí estalláramos en una sincera carcajada. Detrás, Lorena nos miraba con mala cara y cada vez más enfadada. A ver si al final iba a ser ella la celosa...

Cuando llegamos a la barra, pedimos nuestras consumiciones y, mientras Paula y yo nos acomodábamos allí mismo para apurarlas, Lorena y Maite decidieron ir a la pista de baile.

-Ahí os quedáis muermos --nos gritó Maite mientras se llevaba a Lorena cogida del brazo, cada una con su bebida en la mano.

-Sabes lo que va a pasar ¿no? --me preguntó Paula mientras yo veía a las dos chicas meterse de lleno en el centro de la pista.

-Algo me imagino --dije sinceramente.

Y era la verdad. Desde el momento que Lorena me había ordenado que fuera con ellas sabía que su estrategia no era otra que la de dejarse querer por cualquier tío que se le acercara para hacerme estallar y ganar ella aquella

particular disputa.

-Tienes que ser duro, respirar profundo y no caer en su juego --seguía aconsejándome Paula.

-¿Estás de mi parte? --Pregunté sorprendido-Creía que te ibas a posicionar con tu hermana...

-Pues te equivocas, Miguel. Estoy harta de que siempre se salga con la suya y, además, tú me caes muy bien. Ya va siendo hora que alguien le pare los pies y yo te voy a ayudar a ello --dijo guiñándome un ojo y rozándome el brazo con complicidad.

-Pues gracias. Siempre es bueno saber que no estoy solo en esto, se me va a hacer duro aguantar lo que tu hermanita me tendrá preparado...

Desde donde estábamos apenas podíamos ver a las dos chicas en la pista pero, por lo que intuíamos, ya estaban rodeadas por varios chicos que las cortejaban.

No me preocupé demasiado. Sabía que estaban tanteando el terreno y que cuando se hubieran decidido por alguien en firme ya se preocuparía Lorena que yo lo viera todo bien visto, esa era la única forma de doblegarme y hacer que brotaran mis celos, que era lo que ella pretendía.

Así que, sabiendo que de momento no había nada nuevo a la vista, me concentré en seguir disfrutando de la compañía de Paula con la que, realmente, estaba disfrutando enormemente. De esa manera perdí la noción del tiempo, tan a gusto estaba en su compañía que no me di cuenta de los cambios que se producían en la pista.

-Ya empieza --me alertó Paula, haciéndome girar la cabeza buscando lo que ella ya estaba viendo.

Tenía razón. Lorena había encontrado el candidato con el que me iba a poner a prueba y no pude negar que se había lucido con la elección. Un tío alto, rondando el 1,90, visitante asiduo al gimnasio a tenor del volumen de sus bíceps y sus pectorales marcados por aquella ajustada camiseta, pelo negro ensortijado, tez muy morena y su rostro, atractivo, aunque lo que más llamaba la atención de él era su expresión chulesca.

Estaba claro que Lorena había escogido al prototipo de hombre que más odiaba, el típico chulito acostumbrado a salirse con la suya, a llevarse por la cara a cualquier mujer ya fuera soltera, casada o lo que fuera, sin importarle nada ni sus parejas ni la propia mujer, a la que sólo quería beneficiarse y a por otra.

Ahí ya estuve a punto de estallar, de rendirme antes de haber empezado, pero por suerte o desgracia tenía a mi lado a Paula que, con sólo poner su mano sobre la mía, consiguió calmarme y contener aquel inicio de celos que habían surgido de mi interior.

-Menuda cabrona está hecha --me dijo Paula apaciguándome con su caricia -- debe de estar realmente cabreada para ponerse a tontear con semejante gilipollas.

-¿Lo conoces? --le pregunté ya que, por su forma de hablar, me dio a entender que sí lo hacía.

-Claro. Se llama Abel y creo que estudia el último año de carrera aunque no sé en qué materia. Tiene bastante éxito con las chicas por lo que dicen y todas las noches sale de aquí con una distinta.

Me pareció denotar un toque de amargura en su voz, quizás diría que hasta odio en sus palabras.

-Parece que no te cae muy bien --le dije sondeando su reacción.

-No mucho la verdad --dijo fijando sus ojos en los míos -¿Sabes que en todo el tiempo que llevo viniendo por aquí ni una sola vez ha intentado ligar conmigo?

O sea que era eso. Celos y envidia. Aquel ligón de pacotilla nunca había considerado digno de su harem a Paula y, a las primeras de cambio, se lanzaba con todo a por su hermana Lorena con la que ya estaba bailando en la pista, aunque todavía algo separados. Aunque algo me decía que aquello no iba a durar demasiado.

A su lado, Maite se dejaba querer por otro universitario con el que ya se rozaba sin miramientos. Tampoco nada extraño. A sus 27 años, Maite tenía un amplio historial de romances de una noche que incluía tanto hombres solteros como casados y, por lo que había podido intuir en alguna conversación entre ellas, también alguna fémica.

Pero lo que a mí realmente me interesaba era Lorena y en ella fijé mi atención. La copa que se había llevado había desaparecido de su mano y ahora sus dos manos se movían al compás de la música resiguiendo el contorno de su cuerpo, exhibiéndose ante su nuevo amigo que no perdía detalle de la belleza de mi novia.

Él hizo amago de acercarse y ella, instintivamente, dio un paso atrás dejándole claro lo que ella quería. El chico pareció resignarse y continuó bailando esperando a una nueva oportunidad. Lorena se giró levemente para



mirar mi rostro, que se esperaba encontrar demudado por los celos y en su lugar se encontró con mi rostro totalmente tranquilo una vez superado el primer brote de celos gracias a la ayuda de Paula.

Vi en su rostro la confusión y la decepción, supongo que esperaba una claudicación rápida por mi parte y en cambio se encontraba con todo lo contrario. Y encima, tenía que lidiar con aquel sujeto que sabía que tampoco debía ser plato de su devoción ya que ella también odiaba aquel tipo de hombres.

Para rematarlo, alcé mi copa saludándola y eso hizo cabrearla aún más. A su lado Maite vio toda la escena no entendiendo lo que estaba pasando. Otra que pensaba que aquello iba a ser pan comido.

-Lo estás haciendo genial --me animó Paula volviendo a posar su mano sobre la mía que ahora ya no retiró ni yo aparté.

Lorena, ofuscada por su momentánea derrota, subió un escalón su juego con Abel, acercándose ahora ella hacia él que, encantado, no rechazó su avance. Ahora bailaban los dos juntos aunque no pegados, apenas unos centímetros los separaban, lo que no quitaba que de vez en cuando, de forma inevitable, sus cuerpos se rozaran.

Mi corazón empezó a latir de forma más rápida pero Paula, como presagiando lo que se avecinaba, siguió acariciando mi mano y mi brazo mientras, inclinada sobre mí para hacerse oír por la música, me susurraba palabras tranquilizadoras para intentar apaciguarme.

Y cosa extraña, lo consiguió. Paula me transmitía con sus palabras y gestos paz y sosiego, calma para poder aguantar lo que estaba viendo. Aunque lo que transmitía de puertas para fuera era otra cosa bien distinta. Lorena, desde la pista, cuando buscó el inicio de mi ataque de celos y su victoria, lo que vio fue a su hermana inclinada sobre su novio, acariciándole y susurrándole cosas al oído.

Eso es lo que yo intuí poco después cuando, al separarme de Paula, me encontré a Lorena totalmente pegada a aquel chico, rozándose ambos ya de forma descarada y sin tapujo alguno, aunque todavía sin meterse mano ya que sus manos aún se agarraban por la cintura.

No sé porque pero esta vez me costó menos contenerme. Supongo que aún estaba bajo el influjo de las palabras de Paula y vi aquello más como otra provocación de Lorena para salirse con la suya que como una traición a nuestra relación.

Maite, a su vez, mientras bailaba de forma sensual con aquel otro chico, no dejaba de lanzar miradas tanto a Lorena como a mí, cada vez más desconcertada con lo que allí estaba pasando.

Abel se inclinó sobre la oreja de Lorena para decirle algo al oído, algo que le gustaba por la cara que ella ponía, que me miraba jocosa intuyendo que debía estar a punto de explotar ya que, según se mirara, parecía que él estaba besándole el cuello o la propia oreja mientras sus manos no dejaban de recorrer su cintura subiendo y bajando, casi rozando ya sus nalgas.

-Tienes que ser fuerte, Miguel --intentó calmarme Paula--sólo te está provocando.

Lo sabía pero no por ello dejaba de doler lo que estaba viendo. Y más que dolió cuando vi cómo, sin resistencia por su parte, las manos de él bajaban definitivamente y se posaban sin reparo sobre su culo. Él, sonriendo por haber dado aquel paso importante y viéndose próximo a añadir una nueva víctima a su historial y ella, pensando que me había dado la puntilla final.

Y otra vez me salvó Paula cuando estaba a punto de darme por vencido, confesar mi pecado y darle la razón como siempre hacía. Pero esta vez no fueron sus palabras ni sus caricias sino algo involuntario por su parte que me hizo desviar la atención de forma drástica de la pista y de mi novia.

Paula se inclinó y me abrazó, quedando mi cabeza medio apoyada en su hombro y, desde aquella posición, pude distinguir perfectamente como sus pezones erguidos se marcaban sobre la camiseta. Me dejé embriagar por su calor, por el olor que desprendía, por la visión de sus tetas pequeñas y aquellos pezones que levantaban levemente su camiseta, sus muslos apretados bajo aquellas mallas e intentando vislumbrar la silueta de su sexo bajo la apretada tela.

Me empalmé. Mientras mi novia se dejaba manosear por un chulo de discoteca yo me empalmaba al sentir el contacto del cuerpo de mi cuñada. Me aparté ligeramente de ella, algo avergonzado por mi erección y por lo que le estaba haciendo a Paula. Ella había salido con la intención de divertirse y allí estaba, haciendo compañía y ayudándome a superar aquel mal trago que mi orgullo había provocado. Bueno el mío y el de Lorena, que ella también tenía su culpa.

Me levanté y Paula se sobresaltó pensando que iba a montar alguna escena pero nada más lejos de mi intención. La cogí de la mano y la hice seguirme a través de la pista, yéndonos a la otra punta, cerca de la otra barra y lejos de la

mirada de Lorena y Maite.

Ella se dejaba llevar, no entendiendo que pretendía, quedándose algo atónita cuando, con mis manos en su cintura, empecé a mover mi cuerpo al son de la música. Paula, tras una breve vacilación, sonrió y empezó a moverse, acompasando sus movimientos a los míos. Por primera vez en toda la noche la veía feliz y eso ya era suficiente para mí, mi forma de agradecerle su apoyo incondicional.

Aunque claro, no iba a tardar en ser provocado de nuevo por mi novia que, viendo lo que creía mi escapada, se apresuró en ir tras nosotros para acabar lo que había empezado. Y Maite detrás, aunque sola, ya sin su acompañante.

Lorena, siguiendo en su provocación, vino hasta la barra cogida de la mano de Abel y totalmente pegada a él. En la barra, de frente a mí mientras él la abrazaba por detrás, susurrándole cosas en el oído mientras esperaban que les sirvieran sus consumiciones, retándome con la mirada.

No le hice ni caso, para deleite de Paula y enfado de Lorena que ya me creía vencido. Maite, también en la barra, observaba la situación y su rostro denotaba la preocupación por cómo estaban discurriendo las cosas. La cosa se estaba saliendo de madre y ella era plenamente consciente de ello y empezaba a tener serias dudas de cómo podía acabar aquello.

-¿Me lo dejas un rato? --la voz de Maite me sobresaltó mientras seguía bailando con Paula.

-Claro --dijo ella, cediéndole el lugar y yendo a la barra desde donde no pensaba perder detalle de lo que ocurría.

-Tienes que parar esto --me dijo Maite no más quedarnos solos.

-¿Por qué yo? Yo no estoy haciendo nada malo --le dije con toda la tranquilidad del mundo que estaba lejos de sentir.

-Porque eres más razonable que ella. Lorena no va a dar su brazo a torcer hasta que cedas y, al paso que va todo, no estoy muy segura si no va a hacer algo que va a lamentar luego, si no lo ha hecho ya --lo dijo preocupada, no le gustaba lo que estaba viendo y quería parar aquello antes que fuera demasiado tarde.

-Tú lo has dicho, quizás ya sea demasiado tarde y se haya pasado de la raya hace rato. Quizás deberías hablar con ella en lugar de conmigo, al fin y al cabo es ella la que ha empezado este juego de provocación y debería ser ella la que lo acabe.

-Pero Miguel, ¿no te das cuenta que ella no es de piedra? Si seguís así va a

ser incapaz de dar marcha atrás y va a acabar haciendo una tontería --parecía desesperada pero no me iba a amilanar. Otra vez mi orgullo salía a relucir.

-Yo tampoco lo soy y no creo que me hayas visto tocarle el culo a Paula o a ti misma, que ganas no me faltan --le dije provocándola, cosa que la cogió por sorpresa- ¿te sorprende? Estás muy buena Maite y nada me gustaría más que meterte mano... pero no lo hago porque tengo novia y la respeto aunque ella no tenga las mismas consideraciones conmigo...

Maite suspiró resignada, sabiendo que de mí no iba a sacar nada y me dejó abandonado en la pista, yéndose en busca de Lorena a intentar hacerla entrar en razón. Paula reapareció a mi lado, la volví a coger de la cintura y reemprendimos el baile donde lo habíamos dejado antes de que nos interrumpieran.

En la barra, Maite intentaba en vano hacer entrar en razón a Lorena, que solo estaba dispuesta a aceptar mi total rendición. Tampoco ayudaba que su acompañante, en ningún momento dejó de acariciarla, de susurrarle cosas al oído y apretar su pelvis contra su culo, haciéndole notar lo que su presencia provocaba en él.

Maite se apartó, derrotada, no sabiendo qué más hacer para parar aquello. Me compadecí de ella, se preocupaba por nosotros y entendía su preocupación, yo tampoco tenía muy claro hasta donde estaba dispuesta a llegar Lorena para salirse con la suya.

Enfrascado en mis pensamientos, súbitamente fui girado por Paula, quedando de espaldas a la barra y perdiendo de vista a mi chica. Ella, ruborizada, se acercó un poco más a mí, casi notando aquellos dos bultitos pegados a mi pecho, rozándonos nuestros muslos con cada movimiento que hacíamos, casi sintiendo su cálido aliento sobre mi rostro.

-¿Y esto? --pregunté curioso por su reacción.

-Me apetecía sentirte más cerca --me dijo con aquel rubor que teñía sus mejillas- ¿acaso te molesta?

-Para nada pero quizás tu hermana crea lo que no es y a saber qué es capaz de hacer... esto está yendo demasiado lejos --le dije aceptando y asumiendo aquello por primera vez, dispuesto a dar de nuevo mi brazo a torcer aunque ahora de forma racional y no por un ataque de celos.

Vi un brillo extraño en sus ojos que miraban detrás de mí mientras sus manos me aferraban de la cintura manteniéndome en aquella posición, como queriendo impedir que me diera la vuelta. Entonces me percaté del porqué de

su comportamiento, sólo había querido apartarme para que no viera algo.

Rápidamente la hice girar, quedando frente a frente con la barra donde estaban Lorena y Abel. Y entonces entendí el porqué de intentar desviar mi atención. Y es que allí, apoyados aún en la barra, Lorena con su cabeza medio ladeada, se dejaba besar el cuello por aquel ligón de pacotilla mientras su mano se paseaba sin reparo por sus tetas por encima de la camiseta.

Me quedé paralizado, sin poder de reacción, estupefacto por lo que estaba viendo mientras Maite, asustada, venía a nuestro encuentro y le decía a Paula que me llevara al baño a remojar me un poco la cara mientras ella iba a parar aquello pero ya.

Me dejé guiar hasta el baño de hombres donde Paula entró conmigo sin importarle lo que pudieran pensar de ella, me hizo meter la cabeza bajo el grifo y me remojó la cabeza, despejándome casi al instante. Entonces surgieron los celos, unos celos enfermizos que me pedían romperle la cara a aquel sujeto por meterle mano a mi chica, decirle a Lorena lo puta que era y mandarla a la mierda.

Casi empujé a Paula, quitándomela de encima y saliendo del baño hecho una furia. Cuando llegué a la barra no había nadie, ni rastro de Lorena, ni de su amigo ni de Maite. Me paseé por el local cual toro enfurecido, buscando descargar mi ira contra algo o contra alguien pero, por fortuna, nadie se interpuso en mi camino.

Poco a poco mi ira se fue apaciguando algo, haciendo que pudiera pensar con algo más de claridad y darme cuenta que allí no estaban.

-Deben estar fuera --dije tanto para mí como para Paula que, al fin, había conseguido llegar a mi altura.

Salí del local, miré a ambos lados de la calle y ni rastro de ellos. El parking me dije y hacia allí me dirigí seguido de Paula que escribía de forma frenética en su móvil, supongo que intentando averiguar qué estaba pasando.

Supe que había acertado cuando vi salir de entre los coches aparcados a una Maite descompuesta que, cuando nos vio, trató de pararnos diciéndonos no sé qué, ya que la ignoré completamente y seguí andando por donde ella había aparecido. A mis espaldas, Maite le contaba algo a Paula que ni supe ni quise escuchar. Solo quería encontrar a mi novia y hacer lo que hiciera falta para apartarla de aquel energúmeno.

Pero claro, ya era tarde. Al final del parking, entre dos coches, en mitad de la penumbra de aquel sitio mal iluminado, vi la figura alta de Abel

sobresaliendo de los techos de los coches. Casi corrí hasta allí, dejando atrás a las dos chicas cogidas por sorpresa por mi arrebató, gritándome que parara. Pero no lo hice.

No al menos hasta que llegué a un claro desde donde, sin ningún obstáculo de por medio, vi que Abel estaba desnudo de cintura para abajo, que Lorena estaba sentada en el asiento del conductor pero de lado, con sus piernas apoyadas en el suelo pavimentado, que su boca engullía la polla de aquel chaval que, con sus manos en su cabeza, marcaba el ritmo de la mamada que le practicaba mi novia.

Me hundí. Cada vez que aquella polla entraba y salía de la boca de Lorena me sentía caer un poco más, como si la tierra me tragara y ya no me dejara ir más. Totalmente paralizado, incapaz de apartar la mirada de aquella escena que significaba el final de nuestra relación, la traición final.

Unos leves cuchicheos a mis espaldas me advirtieron de la llegada de las dos mujeres que, al igual que yo, se pararon al ver lo mismo que veía yo. Se hizo el silencio a mi alrededor casi pudiendo oír el sonido de succión de la boca de Lorena sobre aquel miembro que engullía. Noté una mano sobre mi hombro, como pidiéndome que no siguiera allí y nos marcháramos. Más quisiera yo pero estaba completamente paralizado.

En frente nuestro, Abel debía querer algo más porque apartó a Lorena de su polla y le dijo algo que, desde nuestra posición, no pudimos escuchar. Pero tampoco hizo falta ya que mi novia, deseosa de satisfacerle, se apresuró a obedecerle. Se alzó del asiento del coche quedando de pie delante de su amante que, expectante, vio como Lorena llevaba sus manos bajo su falda y hacía descender sus braguitas que, una vez recogidas del suelo, alargó al chico que no tardó en llevarlas a su nariz para impregnarse con su olor penetrante.

No me podía creer que Lorena hubiera hecho eso y, menos, lo que iba a hacer a continuación. Ya que mientras Abel seguía oliendo su ropa interior ella se giró, encontrándose nuestras miradas en un breve suspiro, apoyando sus brazos sobre el asiento del coche, con sus piernas apoyadas sobre el asfalto y bien abiertas, su falda subida en su cintura y exhibiendo su desnudo culo, ofreciéndose.

Supe que no iba a echarse atrás. Aquella mirada que había visto me había dejado claro que mi novia era puro fuego, aquel ligón había quebrado sus defensas y ella estaba totalmente a su merced, dispuesta a satisfacerle hasta donde le demandara mientras apagara el intenso ardor que la devoraba por

dentro. Lorena había jugado con fuego y había acabado quemándose. Y yo con ella.

Abel no se hizo de rogar y, con sus manos en su cintura, enfiló su dura verga en el interior del coño de Lorena, que la recibió con un grito de liberación que llegó hasta nuestra ubicación. Un grito que se me clavó en mi pecho como si me hubieran disparado.

A partir de ahí me cuesta recordar lo que pasó. Recuerdo unas manos que, ahora con más vigor, me arrastraban lejos de allí, apartándome de la visión de aquel chulo follándose a mi novia. Recuerdo como me metían, casi empujaban, dentro de un coche que casi al instante partía hacia un destino desconocido. Al menos para mí.

Recuerdo a alguien sentado a mi lado, que intentaba confortarme de forma vana, voces que hablaban, casi discutían pero yo no podía distinguir qué decían ya que mi mente seguía anclada en aquel parking donde Lorena había llevado demasiado lejos su juego.

Recuerdo que, cogido por ambos brazos, me subían en un ascensor y después entrábamos en un piso que desconocía a quien pertenecía. Otra vez sonaban palabras, volvían a discutir y otra vez nos movíamos, vete tú a saber dónde y tampoco me importaba.

Noté como un par de manos pugnaban por quitarme la ropa, dejándome completamente desnudo y me metían bajo la ducha. Un chorro de agua fría sobre mi cuerpo me hizo despertar de aquel sopor en que había caído, aquel estar y no estar y casi grité de dolor al sentir el agua helada golpeando mi piel.

Salí raudo de la ducha, apartándome del agua salvadora pero hiriente y, por primera vez en mucho rato, fui consciente de todo lo sucedido. Vi que estaba en un baño que no conocía, completamente desnudo, con las gotas de agua surcando mi piel desnuda y que delante de mí, contemplándome como si nunca me hubiera visto, estaba Maite totalmente absorta con su vista fijada en mi entrepierna.

Y entonces sucedió lo inevitable. Todos los celos reprimidos, toda la tensión acumulada durante la noche, el recordar la traición de mi novia con aquel energúmeno... todo eso, en un cóctel explosivo, estalló en aquel instante mientras observaba la figura de Maite que, ajena a ello, no se percató del brote de ira que subía del fondo de mis entrañas y que se apoderaba de mí.

Se sobresaltó cuando me vio abalanzarme sobre ella pero fue incapaz de reaccionar, quedando apresada entre mi cuerpo y la pica del lavabo, con mis

manos sujetando las suyas. Vi temor en sus ojos cuando vio mi rostro desfigurado por todo el dolor acumulado, transmutado en la más profunda ira.

-Estarás contenta con lo que has conseguido --le escupí en la cara maquinando y tramando como joderme con tu amiguita del alma... pues bien, lo habéis conseguido, me habéis jodido pero a base de bien... y ahora voy a hacer lo mismo contigo, zorra...

Con una mano apresando las suyas, la volteé dejándola de espaldas a mí, con su cuerpo inclinado y apoyado sobre el filo del lavabo. Con la mano libre subí como pude su vestido hasta dejar a la vista sus nalgas apenas cubiertas por la fina tela del tanga que llevaba. Eso acabó de encenderme más y es que la visión de su culo exuberante no era para menos, sumando a mi furia ahora una calentura exacerbada.

Le arranqué de un tirón su tanga, descubriendo por primera vez el orificio de su culo y el inicio de su rajita depilada que, por lo que podía ver, no le disgustaba mucho el trato que le daba a su dueña. Llevé mi mano allí, palpando su sexo y comprobando que, ciertamente, Maite se estaba excitando con aquello mientras movía mi pelvis para rozar con mi miembro la piel de ella para acabar de endurecerlo.

No costó mucho hacerlo y mientras cruzaba en el espejo del baño mi mirada con la de Maite, una mirada llena de lujuria y expectante ante lo que se avecinaba, dirigí mi polla hasta su entrada, empujando con todas mis fuerzas y arrancándole un grito mitad dolor mitad placer.

Lo que siguió a continuación fue un ataque en toda regla contra el cuerpo indefenso de Maite que, sin ningunas ganas de huir de mí, se liberó de mi agarre para sujetarse con sus manos a la pica para recibir mis embestidas sin que peligrara su integridad.

Libre de sujetarla, me incliné para apoderarme de sus grandes tetas por encima del vestido, asiéndome a ellas mientras la penetraba totalmente enfurecido haciéndola pagar a ella la traición de mi novia. Y por su mirada encendida, encantada de ser castigada de aquella manera.

Y algo más me encontré en el reflejo del espejo. Y es que, oyendo el grito de Maite al ser ensartada por mi verga, había entrado en el baño Paula encontrándonos en aquella peculiar e inesperada situación. Nuestras miradas se encontraron y vi fuego en ellos, sus mejillas encendidas, sus pezones empitonados y sus muslos rozándose nerviosos, tratando de apaciguar la calentura que surgía de su interior.



No lo consiguió. Entre grito y grito de Maite y el chocar de nuestros cuerpos en aquel polvo salvaje vi cómo, cogiéndome por sorpresa y dándose por vencida a lo que sentía, se quitaba su camiseta dejándome ver por vez primera sus pequeñas tetas pero con unos pezones enormes y duros, empezando a acariciárselos de forma frenética mientras su otra mano se colaba dentro de sus mallas para masturbarse viéndonos follar.

Ver aquello me dio un plus de excitación, si es que eso era posible, arremetiendo como un animal contra el voluptuoso cuerpo de Maite que, no pudiendo aguantar más, se corrió de tal forma que, de no estar apresada contra el lavabo, se hubiera estampado contra el suelo.

Yo seguí penetrándola sin importarme nada su estado, sólo buscaba mi goce y ver el de Paula en el reflejo del espejo que, por la rapidez de sus movimientos bajo la tela de la malla ajustada, debía estar cerca. Cuando vi su cara demudarse al sentir el orgasmo recorrerla entera me dejé ir, corriéndome por fin, explotando dentro del coño de Maite que no había dejado de contraerse desde que había alcanzado su orgasmo, alargando éste hasta el momento en que sintió los trallazos de mi semen golpeando el interior de su vagina.

El placer había sido máximo y, al vaciar mis huevos, también me había vaciado de aquella ira que se había apoderado de mí. Me salí de Maite que apenas era incapaz de sostenerse y vi que Paula se había dado a la fuga. Recogí mi ropa y salí del baño mientras, a mi espalda, sentía farfullar a Maite.

-Madre mía... qué polvo... qué callado lo tenías, mala puta...

No vi a Paula por ningún lugar, entendí que se avergonzaba de lo sucedido y me largué de allí sin despedirme de ellas. Era hora de afrontar mi futuro y mi nueva vida sin la que había sido mi novia durante los últimos años.

## **Epílogo**

Han pasado casi quince días desde el día en que vi a mi novia engañándome con aquel tipo. Quince días en que, sin faltar ninguno, recibía su llamada para intentar arreglar lo nuestro. Como si aquello fuera posible. Aquella fatídica noche, al volver a casa, varias horas después de verla entregándose a Abel, me encontré la casa y la cama vacía, delatándome que, no habiendo tenido suficiente, debían haber acabado de gozar el uno del otro en casa de él.

Había recogido mis cosas tranquilamente, le había dejado una nota diciéndole que lo nuestro había terminado y me había mudado a un apartamento que me había dejado un amigo hasta que encontrara algo que me pudiera permitir.

Estaba oyendo sus enésimas súplicas cuando llamaron a la puerta. Sabía quién era así que, desnudo como estaba y empalmado ante lo que se avecinaba, abrí la puerta dejando pasar a la fémica que había al otro lado.

-¿Otra vez ella? --preguntó en un susurro mientras lanzaba su bolso y su chaqueta, se arrodillaba y empezaba a besar mi glante con devoción.

Yo acaricié su cabeza mientras seguía escuchando la retahíla infructuosa de mi ex que no entendía que lo nuestro ya no tenía solución.

Su lengua recorría el tronco de mi miembro provocándome un leve gemido que apenas detuvo la imparable verborrea de Lorena. No tardó en engullir mi polla casi en su totalidad. Cada día había ido consiguiendo tragar un poco más y, apenas un par de días antes, había probado por primera vez lo que era sentir mi polla completamente enterrada en su garganta.

Ahora sí que gemí de puro placer, cosa que no pasó desapercibida para Lorena.

-¿Qué ha sido eso? --preguntó al oírlo.

No contesté. Aparté levemente el aparato de mi oído para que, con suerte, pudiera escuchar el ruido de su boca succionando mi polla, mis leves gemidos o no tanto provocados por su buen hacer y deseando que pudiera ver como sus pequeñas manos jugaban con mis testículos de forma magistral.

-¿Tú qué crees? --le dije volviendo a colocar el teléfono junto a mi oreja.

-¿Estás con alguien? --preguntó furiosa.

Tampoco contesté. La jodida cada día lo hacía mejor y en apenas un par de minutos ya me tenía al borde del orgasmo. Un largo gemido por mi parte anunció mi intensa corrida que ella, habiéndole cogido el gusto a tragarse mi leche, engulló sin cesar toda mi carga hasta dejarme vacío. Acaricié con cariño su cabeza que ella alzó sonriente, satisfecha de haberme hecho disfrutar de nuevo.

-¿Te estás follando a alguien? --esa fue la pregunta airada que oí cuando volví a pegar mi oreja al aparato.

Ella se desvistió rápidamente y contemplé de nuevo, como llevaba haciendo los últimos catorce días, su cuerpo desnudo y apetecible que hizo que, casi al instante, mi polla se endureciera de nuevo, deseosa de seguir

jugando con aquel coño tan estrecho que no me cansaba de penetrar.

-¿Quién es la puta que te estás follando? --su pregunta llegó hasta los oídos de ella que, sin ningún reparo, cogió el teléfono.

-Hola hermanita, perdona que no te saludara antes pero tenía la boca llena... y ahora, tanto si te gusta como si no, voy a colgarte que estoy deseando follarme a Miguel como llevo haciendo desde el día que le pusiste los cuernos con aquel gilipollas --dijo Paula tranquilamente mientras con su mano no dejaba de jugar con mi polla enhiesta, a la vez que yo acariciaba aquellas pequeñas tetas que conseguía abarcar con toda mi mano.

-Por cierto hermanita, muchas gracias por ser tan gilipollas y dejarte follar por ese tío... espero que te valiera la pena porque yo, personalmente, no cambiaba por nada del mundo las folladas que me pega mi Miguel --dijo resaltando lo de mi miguel.

Yo no pude más y, atacándola por detrás, colé mi polla dentro de su coño, cayendo ambos sobre la cama y empezando a follarla de forma salvaje, gritando ella de forma desesperada por el placer recibido y por saber que Lorena, al otro lado de la línea, escuchaba todo el trajín de nuestros cuerpos gozando juntos.

## **Envidia**

Si tuviera que definir en una palabra la relación que tenía con mi hermana Lorena esta sería envidia. Sí, envidia pura y dura. No me avergüenza reconocerlo.

Envidia de su cuerpo perfecto que, sin duda, ella perfeccionaba a base de gimnasio pero, para que negarlo, en el reparto de genes ella se había llevado la mejor parte. Envidia de su carisma, su encanto natural y su saber hacer con la gente. Allá donde iba se convertía en el centro de las miradas, todos la adoraban y deseaban su compañía.

Incluso mis padres, siendo ella la niña de sus ojos. Quizás por eso de mi carácter introvertido y retraído, mis inseguridades. Envidia de lo bien que le salían las cosas, casi sin pretenderlo. Un magnífico trabajo sin apenas tener preparación, el único punto flojo de mi hermana era su poca capacidad para los estudios, un buen piso al que se pudo mudar apenas cumplió la mayoría de edad y, lo peor de todo, lo que más envidia me daba, su novio.

Tres años llevaban juntos, tres años envidiándola por ello, tres años observando en secreto al que iba a ser mi cuñado, deseándolo. Sí, estaba enamorada de él, casi desde el día que lo conocí. Pero no me hice ninguna ilusión al respecto, sabía que no tenía ojos mas que para mi hermana y que yo era como un satélite que pululaba a su alrededor.

Y aunque parezca por mis palabras que no me llevaba bien con mi hermana, nada más lejos de la verdad. No éramos íntimas pero congeniábamos, yo tenía asumida mi posición, mi rol secundario respecto a ella y a ambas nos funcionaba que las cosas siguieran así.

Pero todo cambió ese año. Si bien como he dicho Lorena no era muy apta para el tema de los estudios, yo era todo lo contrario. Supongo que al ser retraída y de pocos amigos me volqué en los estudios, convirtiéndome en una de las mejores de mi curso y ganándome con creces mi derecho a entrar en la universidad. La primera de mi familia en hacerlo.

Por primera vez mi familia estaba orgullosa de mí. Bueno, no todos ya que a Lorena no le hizo mucha gracia que, por una vez, su hermanita la superara en algo y fuera el centro de atención. Aunque lo disimuló muy bien, era una experta en eso como descubrí más tarde.

Ya por esa época teníamos la costumbre de salir una noche al mes mi hermana, su amiga Maite y yo. Noche de chicas lo llamaban ellas, para mí una oportunidad de salir de la monotonía y conocer un mundo desconocido para mí.

Apenas hacía una semana que había comenzado el curso universitario y, la verdad, aquella salida me vino como anillo al dedo. El estrés de un ambiente nuevo, la mudanza y aclimatación al apartamento que compartía con otras estudiantes... necesitaba desconectar y acepté encantada cuando me llamaron para quedar.

Me vestí con ropa cómoda, como a mí me gustaba ir, nunca me esmeraba mucho cuando salía con aquellas dos ya que no tenía nada que hacer a su lado. Las dos eran bellísimas y, encima, se vestían para destacar con ropas sugerentes y maquillaje que aun realzaba más su belleza natural. ¿Para qué intentar lo imposible?

Fuimos al mismo local al que solíamos ir casi siempre y, como era habitual, las miradas de los hombres se focalizaron en mi hermana y Maite que contonearon sus sugerentes cuerpos camino a la mesa que solíamos usar. Nadie se giró a mi paso, evidentemente, pero tampoco me importó.

Pedimos nuestras consumiciones y empezamos a hablar de todo un poco, sobretodo ellas que tenían una vida más intensa que la mía. Yo me limitaba a escuchar y a intervenir brevemente ya que tampoco tenía mucho que aportar a lo que hablaban. Ya casi empezaba a lamentar haber aceptado su propuesta ya que empezaba a aburrirme de estar allí.

-Bueno y ¿a ti qué tal te va la vida universitaria? --me preguntó Maite cogiéndome por sorpresa.

Miré a Maite y luego a Lorena que arrugó levemente la nariz, no le hacía mucha gracia que saliera el tema de la universidad. Era como tirarle por cara algo que nunca iba a conseguir.

-Bien, supongo. Aun me estoy amoldando a todo esto... -dije intentando esquivar aquel tema para no molestar a mi hermana. Pero Maite no se iba a rendir tan fácilmente.

-Amoldándose dice jajaja --rió divertida-la forma más fácil de amoldarte a la universidad es participar en sus fiestas. Ah... qué tiempos aquellos...

Yo no contesté. Tampoco sabía qué decirle porque para mí todo aquello era desconocido, ni había ido a ninguna ni me habían invitado.

-¿A alguna habrás ido no? --me preguntó interpretando mi silencio.

-Que va a ir ésta a una fiesta --dijo con una sonrisa de suficiencia Lorena-seguro que se pasa las tardes encerrada en su cuarto estudiando...

Cómo me conocía la tía pero, no sé porque, algo me impidió callar y darle la razón como solía hacer.

-Pues sí, he ido a varias y la verdad es que me lo he pasado genial --mentí descaradamente.

-Guay tía-me dijo Maite-así es como mejor te integras en la universidad. Bueno, eso y que es la mejor forma de pillar cacho jajaja.

Yo reí nerviosa esperando que no notara que le había mentido y desando que cambiara de tema. No iba a tener esa suerte.

-¿Y ha habido suerte? --volvió a la carga Maite.

-¿Suerte con qué? --le dije sin darme cuenta de a qué se refería.

-Mujer, con que va a ser... -siguió a lo suyo Maite ante la atenta mirada de Lorena-con los tíos. ¿Ya te has liado con alguno?

Tragué saliva, nerviosa, incómoda, no sabiendo cómo salir de aquel entuerto en el que yo misma me había metido. Lo fácil era decir la verdad y ver la cara de satisfacción de Lorena y, de nuevo, opté por la salida difícil.

-Bueno, algo ha habido... -dije esperando que con aquello se conformara.

Pero no, aquello fue como abrir la caja de Pandora y en aquel momento no fui consciente de lo que mis palabras iban a causar.

-Mira la mosquita muerta --soltó con sorna Lorena.

-Calla y déjala que hable --le espetó Maite-quiero detalles bonita así que desembucha.

¿Y ahora qué? Tomé un trago largo intentando ganar tiempo, buscando en mi mente algo a lo que agarrarme. Y entonces se hizo la luz. Recordé una conversación de días antes con mis compañeras de piso y me agarré a ella como a un clavo ardiendo.

-Solo ha sido uno pero vaya uno... -dije acaparando su atención y eso me gustó y mucho.

-Es mayor que yo, estudiante de último curso y se llama Abel --empecé a relatarles.

-No nos interesa su biografía, nena --me cortó Maite-pasa a la parte donde hablas de pollas y folleteo que es lo que nos interesa...

Ella siempre tan directa. Hice memoria tratando de recordar todos los detalles de aquella conversación donde, una de mis compañeras nos contaba el polvazo que le había metido el tal Abel, al que yo solo conocía de vista ya que residía en otro apartamento de estudiantes del mismo bloque.

-Vale, vale... empiezo con los detalles --dije riendo nerviosa-el tío está como un cañón. Muy alto, cachas, moreno de piel y pelo ensortijado. Lo conocí en una fiesta, bebimos algo y enseguida empezó a ligar conmigo, tratando de llevarme al huerto. Yo ya había oído hablar de él, su fama le precede...

Bebí de nuevo, tenía la garganta seca. Mientras lo hice observé la cara de curiosidad de las otras dos, incluida mi hermana, y eso me envalentonó.

-A mí no me apetecía jugar a aquello, necesitaba un alivio después del estrés de esos días y no se me ocurría mejor manera que con un buen revolcón --proseguí.

-Di que sí, Paula. Nada mejor que un buen polvo para aliviar la tensión acumulada --agregó sonriente Maite sin sospechar nada.

-Pues eso. No me apetecía ir perdiendo el tiempo sabiendo cómo íbamos a acabar así que, ni corta ni perezosa, le dije "vamos a tu piso o al mío" --esta parte era invención mía, darle un toque personal a aquella mentira que estaba contando.

-Jajaja --rió con ganas Maite-así me gusta. Menuda cara debió quedársele

al tal Abel.

-Pues tú verás pero se recompuso enseguida, al final un polvo es un polvo y no iba a dejarlo pasar por su orgullo de macho --seguí con la historia.

-Ahora viene lo bueno --volvió a meter baza Maite totalmente entregada y, para mi sorpresa, Lorena también escuchaba con interés.

-Y que lo digas. Al final fuimos a su piso, besándonos hasta llegar a su habitación y, una vez allí dentro, me quité la camiseta mostrándole mis tetas y me senté en el filo de la cama, invitándole a acercarse --me estaba recreando con la historia, excitándome mientras hablaba y, o mucho me equivocaba, ellas también lo hacían.

-Os podéis imaginar qué pasó a continuación. Le bajé el pantalón y cuando vi el bulto que marcaba su bóxer supe que los rumores eran ciertos... madre mía qué polla... -ahí sí que no mentía. Si una cosa me quedó clara en la conversación con mis compañeras de piso era que el tío calzaba una buena herramienta y que, además, sabía utilizarla.

-Joder Paula, ¿tan grande era? --preguntó curiosa mi hermana metiendo baza por primera vez.

-Ya te digo. Nunca he visto algo así, de los veinte centímetros no bajaba --aseguré recordando sus palabras.

-Madre mía, tía... no se ven muchas así... --dijo con envidia Maite-me podrías dar su número o decirme donde encontrarlo...

-Ni de coña --dije riéndome. Lo que me faltaba, ponerlos en contacto y que supieran que era todo mentira--después de probar algo así y ver como la utiliza me lo reservo para mí.

-Qué egoísta eres, aunque no te culpo. Yo tampoco compartiría algo así, jajaja --dijo recobrando de nuevo el buen humor--o sea que encima de tenerla enorme sabe usarla...

-Uffff... te lo puedo asegurar. Se la estuve chupando un buen rato hasta ponérsela dura del todo pero estaba claro que los dos queríamos algo más --proseguí contando--así que nos desnudamos del todo, me abrí de piernas con algo de miedo porque nunca me había metido algo de ese tamaño y él se colocó entre ellas apuntando aquello a mi coño...

-Y te la metió --apostilló Maite.

-Ni te imaginas qué gusto... era como si me desvirgasen de nuevo y eso que la primera vez lo hizo de forma lenta para que me acostumbrara a aquel pollón... --seguí contando cada vez más excitada con mi propia mentira.

-Vaya, vaya pillina.... eso quiere decir que hubo más de uno... -intervino de nuevo mi hermana que estaba totalmente integrada en la historia.

-¿Tú qué crees? --le contesté, observando por primera vez un gesto de contrariedad en su rostro.

-Me alegro por ti --dijo alzando su copa, dando un largo trago y cambiando de tema rápidamente para disgusto de Maite que quería seguir indagando en las habilidades sexuales de Abel.

Por un lado me alegré de dejar aquel tema por temor a que descubrieran mi engaño pero, por otro lado, me daba rabia cambiar de tema sabiendo que, por segunda vez en mi vida, conseguía provocar algo de envidia a mi perfecta hermana.

La velada transcurrió sin más contratiempos. Al final sí que había valido la pena quedar con ellas ya que había conseguido mi objetivo de distraerme. Eso sí, llegué a casa salidísima y en la soledad de mi habitación me tuve que masturbar evocando la historia que me había inventado.

Pasaron los días y las semanas, totalmente inmersa en mi vida universitaria, concentrada en mis estudios como siempre. No me volví a acordar de aquella mentira hasta que llegó el día en que íbamos a quedar de nuevo las tres chicas. Me puse algo nerviosa, pensando que quizás volvería a ser asediada por ellas tratando de averiguar algo más de mi "relación" con Abel.

Pero por suerte o por desgracia, el destino jugó a mi favor aquella noche. Cuando Maite y yo fuimos a buscar a su casa a mi hermana Lorena, enseguida me di cuenta que estaba enfadada. El motivo, cómo no, eran los supuestos celos enfermizos de su novio Miguel. Y motivos no le faltaban a mi parecer.

Con aquella falda que apenas tapaba nada, aquella camiseta ceñida donde se pegaban sus tetas que evidenciaban que debajo no llevaba sujetador alguno, los tacones de infarto y aquellas medias de rejilla... cualquiera que la viera pensaría que iba pidiendo guerra.

Yo me aislé, no quería tener nada que ver con aquello que tan bien me venía para no ser el centro de atención pero claro, Lorena tuvo que llevar las cosas demasiado lejos. Cuando llamó a nuestra presencia a Miguel, al que saludé de forma breve ya que aún me alteraba ante su presencia, invitándole a venir con nosotras con el objeto de demostrar sus celos, algo dentro de mí se rebeló.

Lorena lo único que quería era humillarlo, que él diera su brazo a torcer



como hacía siempre y dejarlo en ridículo ante nosotras. Miguel aguantó el tipo para mi sorpresa y satisfacción, aceptando el envite y contraatacando regresando vestido con sus mejores galas, lo que provocó el enfado de Lorena, la admiración de Maite de la que siempre había sospechado que le gustaba Miguel y mi total rubor. Estaba tan guapo...

Cuando llegamos al coche, tanto Lorena como Maite se sentaron detrás dejando a Miguel la obligación de sentarse delante conmigo. Me pareció que incluso se alegraba de ello y yo, realmente, lo disfruté ya que fuimos todo el camino hablando amigablemente sobre nuestras vidas, disfrutando de la mutua compañía. Detrás, oía los cuchicheos de ellas pero no hice caso, me imaginaba lo que pretendían hacerle y, en ese instante, fue cuando decidí ponerme de parte de mi cuñado y ayudarle en todo lo posible.

También fue ahí cuando decidí cambiar nuestro destino y, en lugar de ir al local donde íbamos siempre, ir a uno cerca de la universidad que era donde iba a veces a tomar algo. Lorena quería jugar con Miguel y humillarlo y yo ahora pretendía hacer lo mismo con ella. A ver cómo se las apañaba con esas pintas en un garito lleno de universitarios cachondos donde no la iban a dar tregua. En lo que no pensé cuando tomé esa decisión era en que, seguramente, allí también estaría Abel buscando una nueva presa. Y cuando él le echaba el ojo a alguien, poco se podía hacer para detenerlo.

Si me gustó la atención que me prestó Miguel durante nuestro trayecto, más me gustó el gesto que tuvo de cogerme de la cintura y decirle de forma fina a mi hermana que prefería mi compañía a la suya. Y qué decir del careto que se le puso a ella... aunque estaba segura que aquella afrenta se la iba a hacer pagar más pronto que tarde.

Nos dirigimos a la barra donde pedimos nuestras consumiciones, quedándonos Miguel y yo allí y Lorena y Maite perdiéndose en el interior de la pista de baile. Sabía que la paz iba a durar poco y Miguel también era consciente de ello pero allí, los dos solos, aprovechamos para conversar y alargar la buena sintonía que sentíamos entre los dos.

Estábamos sentados cerca el uno del otro, nuestras caras aún más cercanas para poder oírnos a causa de la música, casi podía rozar su piel, el olor de su colonia llenaba mis sentidos y casi podía palpar el calor que desprendía su cuerpo. Si no fuera porque de vez en cuando desviaba la vista buscando a mi hermana, habría sido completamente feliz.

En la pista no tardaron las dos en estar rodeadas de chicos que no dejaban

de entrarles, alegrándome internamente de que mi idea estuviera saliendo bien aunque había algo en ella que no acababa de agradarme. Estaba como expectante, como si estuviera esperando a alguien y aquellos moscones solo fueran un pasatiempo hasta que llegara quien quiera que fuese.

Y entonces lo vi venir, abriéndose paso entre la gente que bailaba, directo hacia mi hermana y apartando con su sola presencia a todos aquellos moscones que hasta ese momento aún pensaban que tenían alguna oportunidad con ella. Había llegado Abel.

Miguel también se dio cuenta de lo que ocurría y, al igual que yo, su cara se transformó en una de asco hacía el acompañante de Lorena que se movía a su alrededor, bailando, aunque aún con distancia entre ellos. Mil preguntas me asaltaron en aquel instante, dudas que su extraña conducta llamaron mi atención.

Pero no pude recrearme mucho en esos pensamientos, el rictus de Miguel me hizo sospechar que estaba a punto de saltar y parar el juego de Lorena. Me había comprometido a ayudarle, a superar aquello juntos para darle una lección a Lorena y eso iba a hacer. Con mi mano sobre la suya, acariciándola y aplacando su incipiente furia conseguí controlar su enfado.

Él, una vez más tranquilo, me interrogó sobre aquel sujeto que no pude negar que conocía, mis gestos de desagrado me habían delatado. Le confirmé lo que sospechaba, que era el típico ligón de discoteca aunque no mencioné nada de lo ocurrido semanas antes y, por lo que adiviné, él tampoco sabía nada de la supuesta relación sexual que yo tenía con aquel tío.

Para cubrirme las espaldas, achaqué mi malestar a que Abel de buenas a primeras hubiera atacado a Lorena cuando a mí me había ignorado hasta ese momento aunque mis sospechas iban en otro sentido. Era demasiada coincidencia que, para darle una lección a su novio estuviera utilizando a mi supuesto amante. Cada vez estaba más segura que aquello lo había orquestado mi hermana para jodernos a los dos.

En la pista Abel hizo un amago de pegarse a ella, parándole los pies mi hermana, aunque intuía que sólo lo había hecho como parte de su juego para provocar a su novio. Me lo confirmó la mirada que enseguida le echó buscando verlo enfadado pero todo lo contrario, Miguel había recobrado la calma gracias a mis palabras de consuelo y a la fuerza que le transmitía a través de mi mano sobre la suya. Incluso él se atrevió a saludarla con su copa para darle un buen trago después.

Me sentí orgullosa de él, de la fuerza que estaba demostrando y pensando que aún podíamos salir bien parados de aquella encerrona que nos habían preparado. Porque aquello también iba conmigo, vi su fugaz mirada hacia mí buscando también mi reacción, encontrando solo indiferencia ya que, realmente, aquel tío me daba completamente igual.

Vi su enfado en su rostro y como pegaba su cuerpo al de Abel, que la recibió gustoso aprovechando cada movimiento para rozar ambos cuerpos aunque aún mantenía sus manos en zonas pudientes. Noté crispase el cuerpo de Miguel y volví a volcarme en él, tratando de tranquilizarlo.

Mi mano acariciando la suya y yo, casi susurrando en su oreja palabras de aliento, me di cuenta enseguida de la imagen que debía transmitirle a Lorena, que nos miraba enfurecida. Estaba claro que las cosas no estaban saliendo como ella quería pero a mí me daba igual.

Mi mano posada sobre la suya estaba encima de su muslo y peligrosamente cerca de su entrepierna, mi rostro casi pegado al suyo notaba en mi mejilla el roce de su piel, el calor de su aliento, mi torso inclinado sobre él hacía que mis pequeños pechos se apretaran contra su fuerte brazo...ya me daba igual lo que hiciera en la pista Lorena, solo quería que aquello no acabara nunca.

Desgraciadamente mi hermana no iba a dejar pasar aquel desaire, incitando a su pareja a que diera un paso más y éste lo hizo sin dudar. Se inclinó igual que había hecho yo, buscando su oreja, su cuello o vete a saber qué ya que desde donde estábamos no podíamos verlo bien pero fue suficiente para ver que Miguel volvía a alterarse.

Pero la cosa no iba a quedar ahí y las manos de Abel empezaron a moverse de forma lenta pero inexorable recorriendo la cintura de mi hermana hasta conseguir lo que pretendía, que no era otra cosa que acabar sobre sus nalgas apenas cubiertas por la exigua minifalda.

Me alarmé. No creía que a esas alturas ni mis palabras reconfortantes ni mis caricias tratando de transmitirle mi apoyo pudiera frenar el brote de ira, totalmente justificado creía yo. Pero para mi sorpresa éste no se produjo y cuando mientras lo abrazaba busqué su rostro me quedé paralizada, muerta de vergüenza y a la vez excitada.

Lo que esta vez había detenido el arrebato de Miguel no habían sido ni mis palabras ni mis caricias, si no mis pechos. Miguel contemplaba embelesado mis dos pechos donde mis pezones levantaban la tela de la camiseta y, no contento solo con eso, noté como bajaba su mirada a mis muslos y mi

entrepierna donde fijó su mirada.

Me excité siendo observada por él y no pude evitar fijarme en su entrepierna donde creí notar que allí también algo había crecido. ¿Sería posible que Miguel se excitase conmigo? ¿Qué le resultara atractiva al hombre del que estaba enamorada?

Me olvidé de la pista, de mi hermana y de Abel. Solo tenía ojos para el creciente bulto de Miguel, haciendo esfuerzos para no alargar la mano y tocar aquello que tanto deseaba. Y entonces Miguel se levantó de golpe, creí que arrepentido de aquello y avergonzado. Pero para mi sorpresa, me cogió de la mano y me arrastró hasta la otra punta del local, donde estaba la segunda barra.

Me sorprendió de nuevo, cogiéndome de la cintura en el borde de la pista y empezar a moverse al son de la música e incitándome a hacer lo mismo. Le sonreí cálidamente y no dudé en acompañar sus movimientos. Me sentía feliz de estar allí, bailando con él y excitada, terriblemente excitada.

Su cuerpo cercano, sus fuertes brazos cogiéndome de la cintura, notando la proximidad de su erección a escasa distancia de mi pubis, los roces involuntarios de nuestros muslos al bailar... todo ello me tenía en un constante estado de excitación que provocaba que mis fluidos impregnaran mi ropa interior.

No tardó en aparecer de nuevo Lorena acompañada de Abel y, detrás de ellos, a Maite que parecía seria y venía sola, sin el acompañante con el que llevaba bailando desde que había entrado al local. Se apoyaron en la barra, a escasa distancia nuestra y asegurándose que los viéramos bien. Él apoyado contra la barra, ella contra su pecho. Sus manos la abrazaban por la cintura, rozando sutilmente sus pechos.

Cada vez encontraba más extraña la conducta de mi hermana, las confianzas que le daba a aquel sujeto al que acababa de conocer y, encima, delante de su novio y su hermana la que, supuestamente, tenía un rollo con aquel chico.

Estaba sumida en esos pensamientos cuando fuimos interrumpidos por Maite que, con la excusa de bailar un rato con Miguel, quería hablar con él sobre lo que estaba pasando. Yo me aparté a la barra, observando a cierta distancia lo que estaba sucediendo y que cada vez me tenía más desconcertada.

La conversación no duró demasiado y, por la cara de Maite, no debía de

haber ido como ella esperaba. Volví a los brazos de Miguel para continuar por donde lo habíamos dejado antes de la interrupción, viendo de refilón como Maite volvía a la carga pero ahora con Lorena que la escuchaba sin prestarle demasiada atención, supongo que algo abstraída sintiendo las caricias que no dejaba de prodigarle Abel.

Maite se apartó, otra vez derrotada. Miguel me comentaba algo pero yo no lo escuchaba porque justo en ese momento fue cuando Abel decidió dar un paso más, pasando de rozarle con sus labios su oreja para directamente besarle su cuello, dejándose ella hacer mientras no dejaba de mirarnos.

Hice girar a Miguel, dejándolo de espaldas a la barra e impidiéndole ver aquello, mientras sin darme cuenta apretaba mi cuerpo contra el suyo. Sé que me preguntó algo que yo contesté pero mi atención estaba puesta en lo que sucedía entre aquellos dos. Las manos de Abel, que descansaban en su vientre, ahora ascendieron hasta sus pechos que acariciaron sobre la tela de la camiseta.

Supongo que no fui demasiado discreta y que eso llamó la atención de Miguel que, de golpe, me hizo girar quedando de frente a su novia y encontrándose con aquella visión que hizo que su rostro se demudara. Antes que pudiéramos reaccionar ya estaba allí Maite, rogándome que me llevara de allí a Miguel, que lo llevara al baño para refrescarlo mientras ella paraba aquello de una vez. Yo la creí y le hice caso a pies juntillas.

Allí, dentro del baño de hombres, una vez remojada su cabeza y habiendo recuperado algo la lucidez y siendo plenamente consciente de lo que había pasado, fue cuando estalló definitivamente, surgiendo toda la tensión acumulada durante la noche. Me empujó y casi perdí el equilibrio mientras él salía en estampida del baño.

Salí lo más rápido que pude tras él pero no conseguía alcanzarlo, mientras él deambulaba por todo el local buscando frenéticamente a mi hermana y a aquel ligón de pacotilla. Por suerte no los encontró, sino no sé lo que hubiera pasado.

Lo alcancé casi en la entrada del local y oí que murmuraba algo como "están fuera" y volvió a salir en estampida, siguiéndole yo como podía, mientras con el móvil en mano trataba de hablar con Maite tratando averiguar dónde estaban.

Miguel enfiló camino del parking, como si supiera dónde iba y entonces apareció ante nosotros Maite, intentando aparentar sorpresa y tratando de

parar a Miguel, aunque no demasiado y éste la esquivó fácilmente yendo hacia de donde ella venía.

-¿Qué demonios está pasando? --le pregunté cuando llegué a su lado. Su actitud me parecía sospechosa y me empezaba a barruntar si todo aquello no sería lo que habían estado tramando durante la velada.

No me contestó pero se apresuró a seguir a Miguel que casi corría, alejándose de nosotras, hacia algo que había llamado su atención. Poco después lo alcancé, encontrándomelo paralizado de nuevo y blanco como el papel. Seguí su mirada y me encontré a mi hermana, sentada de lado en un coche que no conocía y haciéndole una mamada a Abel.

Alargué mi mano para alcanzar el hombro de Miguel, apartarlo de allí, evitar que siguiera viendo aquello que lo estaba destrozando. Pero apartó rápidamente mi mano, quedándome allí parada sin saber qué hacer, sin entender nada.

Delante nuestro, Abel interrumpió la mamada y Lorena se apeó del coche para, después de desprenderse de sus braguitas que le dio a él, ponerse en cuclillas en el asiento del coche esperando a que él la penetrase con aquella verga enorme que veía por primera vez.

Me giré asustada, buscando la ayuda de Maite y me encontré con una sonrisa de suficiencia que intentó ocultar pero que yo capté al instante. Tuve claro que todo aquello había sido una encerrona, ellas las instigadoras y nosotros las víctimas.

Mientras veía como Abel empezaba a follarse con saña a Lorena, agarré con fuerza a Miguel y me lo llevé a rastras de allí, alejándole de aquella escena que nunca debió haber vivido.

Lo llevé hasta el coche mientras Maite nos seguía, tratando de mostrarse compungida y atónita ante la actitud de Lorena. Cuando lo metí en el asiento trasero del coche, no aguanté más y estallé.

-No sé a qué estáis jugando tú y Lorena pero os habéis pasado tres pueblos --le escupí en la cara.

-No sé de qué me hablas --me respondió con una sonrisa que decía todo lo contrario.

-Conmigo no te hagas la tonta, Maite. Esto lo habéis preparado las dos, no sé por qué motivo, pero traerá consecuencias...

-Jajaja pues yo creo que no --dijo jocosa-me apuesto algo que mañana, cuando éste asimile lo que pase, volverá bajo las alas de Lorena como si nada

hubiera pasado...

Parecía muy segura de sí misma y eso me desconcertó. ¿Acaso se me había pasado algo por alto? En ese momento de duda, ella se metió detrás con él y me ordenó que fuéramos a su piso, que allí estaríamos más tranquilos.

Mientras conducía a la dirección que me había dado Maite no perdía de vista por el retrovisor lo que acontecía detrás. No me fiaba de Maite y temía que intentara hacer o decir algo a Miguel que parecía completamente ido, ausente. No me equivoqué. A medio camino pude ver como Maite, sin ningún disimulo, posaba su mano sobre la entrepierna de Miguel que no respondió a su gesto.

-¿Se puede saber qué haces? --le dije nomás darme cuenta de lo que estaba haciendo.

-Solo comprobar que tal calza el novio de Lorena. Siempre he sentido curiosidad... -dijo sin ningún reparo.

-Joder, después de todo lo que le habéis hecho pasar y ahora me sales con eso --le recriminé.

-Vale, tranquila... ya dejo a tu amorcito tranquilo... -me contestó con retintín.

-Pero qué dices tía --dije alterándome y ruborizándome a la vez.

-¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras? ¿Y Lorena tampoco? El único que no se ha enterado ha sido éste --dijo volviendo a la carga y palpando su entrepierna de nuevo.

-Maite...

Ella retiró la mano y puso cara de no haber roto nunca un plato pero sabía que era solo pose y que debía mantener la guardia alta. Llegamos a su calle y entre las dos metimos a Miguel primero en el ascensor y luego en el piso de Maite. Lo sentamos en el sofá pero él seguía como vacío, como si su cuerpo fuera una carcasa vacía.

-¿Qué hacemos con él? No responde y empieza a preocuparme --dije yo nerviosa, viendo el estado de Miguel.

-Yo creo que lo mejor será darle algo para dormir y dejar que descanse. Mañana ya se encontrara mejor... -contestó Maite. A mí no me pareció mala idea.

-Mierda --dijo de pronto Maite-me he dejado el bolso en tu coche y ahí es donde llevo las pastillas que utilizo cuando me cuesta conciliar el sueño.

-Pues ya te vale. Bajo un momento a buscar tu bolso y las pastillas y lo

metemos en tu cama a ver si se recupera --dije mientras cogía las llaves del coche y de su piso y salía deprisa, no quería dejarles mucho tiempo a solas.

No debí tardar más de cinco minutos, tiempo suficiente para que cuando entré de nuevo en el salón, éste estuviera vacío y empezara a preocuparme. Un grito llegó desde el baño y corrí hasta allí para encontrarme con algo que nunca imaginé que pudiera pasar.

En mi ausencia, Maite había llevado a Miguel al baño, lo había desnudado y colocado bajo el chorro de agua fría que aún caía de la alcachofa de la ducha. Y por lo que intuí, Miguel, recobrado del estado de shock en que estaba sumido, no sé si por voluntad propia o inducido por Maite, la había acorralado contra la pica del baño donde ahora la follaba sin compasión.

Maite gritaba sin parar, con sus manos sujetándose a la pica del baño, mientras todo su cuerpo se agitaba al son de las furiosas embestidas de Miguel. A través del cristal del espejo pude ver sus caras, la de Maite de completo éxtasis y comprendí que aquello era lo que había buscado y no sé si planeado con mi hermana.

Y la de Miguel...puro fuego era lo que vi en ellos y entendí que con aquel polvo estaba liberando el intenso dolor que ellas le habían provocado. Dolor que yo también sentía, ya que ver aquella escena me martirizaba pero, a la vez, me excitaba sobremanera. Me dolía que se estuviera follando a otra, no ser yo la que ocupara el sitio de Maite pero, ver su cuerpo desnudo por primera vez, su forma de moverse para dar placer a aquella arpía... me encendía de mala manera.

Nuestras miradas se encontraron y no pude evitar entregarme a la lujuria y hacer lo que mi cuerpo me pedía a gritos. Me despojé de la camiseta, mostrándole mis pechos desnudos y totalmente empitonados, colé mi mano bajo las mallas y empecé a masturbarme viendo como Miguel seguía arremetiéndome con furia contra Maite mientras sus ojos no se apartaban de mí.

De alguna manera, sentí que estábamos conectados y me entregué de lleno a aquella paja, casi pudiendo sentir que eran sus dedos los que profanaban mi interior y lo taladraban con saña. Me corrí como pocas veces lo había hecho, sin apartar nuestras miradas, viendo en su rostro como él también se liberaba y empezaba a descargar su simiente en el interior del coño de Maite que también gritaba su orgasmo.

Entonces me entraron los remordimientos, no pudiendo creer lo que había hecho ni seguir viendo en lo que habían convertido a Miguel. Aquel no era el



hombre dulce y amable con el que había disfrutado aquella noche, era un ser airado, casi violento. Y todo eso gracias a las argucias de aquellas dos.

Salí de allí inmediatamente con la firme intención de llegar al fondo de aquel asunto aquella misma noche. Cogí el coche y fui al piso de mi hermana donde supuse que ya estaría. Una vez que viera que nos habíamos ido del local, lo más lógico era que hubiera vuelto a su casa para intentar arreglar la situación con su novio. Ilusa de mí...

Tenía llave, entré y, tras una breve inspección, comprobé que allí no había nadie. Me empezó a hervir la sangre de nuevo. ¿Sería posible que no hubiera tenido bastante y aun siguiera con aquel energúmeno? Sabía dónde encontrarlo, vivía en el mismo edificio donde residía yo y allí me dirigí con mi coche.

Durante el trayecto mi cabeza no dejaba de dar vueltas a todo lo que había ocurrido esa noche y a lo que iba a encontrarme en aquel piso, en lo que debía decirle a mi hermana. Llegué sin saber muy bien cómo actuar, cómo entrar en aquel piso donde mucho me temía Lorena alargaba su encuentro con aquel ligón de tres al cuarto.

Por una vez la suerte me sonrió y, mientras estaba plantada delante de la puerta pensando en cómo actuar, ésta se abrió y salió una chica que no conocía.

-¿Entras? --me preguntó ella aguantando la puerta.

-Sí, he venido a ver a mi novio --le mentí.

-Pues que lo pases bien --me dijo guiñándome un ojo y saliendo del piso.

Me colé dentro esperando no encontrarme a nadie y, de nuevo, la suerte me sonrió. Avancé pasillo adentro hacia las habitaciones y enseguida supe dónde estaban Lorena y Abel por los gemidos que llegaban hasta mí. La puerta no estaba cerrada y en cuanto me asomé los vi en la cama, él tumbado y ella encima cabalgando como una posesa sobre su enorme polla.

Una mezcla de sentimientos me embargaron. Ira, decepción, tristeza. No me podía creer que mi hermana, después de lo acontecido en el parking, aun hubiera tenido el valor de seguir a Abel hasta su piso para continuar follando con él, sin importarle nada Miguel.

-¡¡Me corro!! --gritó él.

Ese grito hizo que volviera en mí y contemplara como Abel, sin salirse de ella, descargaba su semen dentro de mi hermana que, impertérrita, seguía cabalgándole buscando su propio placer sin importarle que él acabara de

correrse dentro de ella sin protección alguna. Pocos instantes después, Lorena se arqueó y dejó de moverse, notando como ahora era ella la que acababa de alcanzar su clímax.

Ella se salió y se dejó caer a su lado, reposando su cabeza sobre su pecho, ambos con la respiración agitada por el esfuerzo realizado. Aquella imagen me indignó y saqué mi móvil para grabar aquella escena, por si acaso Miguel luego no me creía cuando se lo contara. Porque aquello debía saberlo, no quería que volvieran a engatusarlo como habían hecho aquella noche. Lo que no sabía era que lo que venía iba a ser peor de lo que me había imaginado hasta ese momento.

-¿Satisfecha? --le preguntó Abel.

-Mucho, lo has hecho genial --le contestó ella acariciando su torso desnudo. Creí que hablaban del polvo pero enseguida iba a salir de mi error.

-¿Crees que se lo habrán tragado? --Siguió él.

-Seguro. Es imposible que sospechen nada --dijo Lorena mientras alargaba su mano para buscar el móvil.

-Tú sabrás lo que te haces pero ¿Estás segura de lo que te haces?

-Claro, mira --dijo alargándole el móvil-Maite ya me ha confirmado que se ha follado a Miguel. Mañana, cuando nos veamos, le soltaré el rollo que el juego se me fue de las manos, que iba algo borracha y que sospechaba que tú me habías puesto algo en la bebida. Discutiremos algo pero, al final, los dos nos habremos engañado mutuamente y acabaremos reconciliándonos de nuevo. Al fin y al cabo lo suyo es peor, me ha engañado con mi mejor amiga...

-Jajaja vaya pieza estás hecha --le dijo entre risas Abel.

-Lo sé. ¿Cómo si no llevaría engañándole desde el primer día y él sin enterarse? --se jactó ella. Yo no daba crédito a su confesión y me alegré de estar grabando toda aquella confesión.

-¿En serio? --le preguntó él asombrado al igual que yo.

-Claro. ¿Acaso pensabas que eras el primero con el que le ponía los cuernos? Ni eres el primero ni serás el último aunque, con esto que tienes aquí, tengo diversión para rato --dijo acariciando su polla que daba señales de vida de nuevo.

-Pues no entiendo porque no le dejas... -dijo Abel suspirando por el placer que le producía el manoseo de mi hermana en su miembro.

-Yo quiero a Miguel pero a mi manera...es el novio perfecto, todo el mundo lo adora y hacemos buena pareja. Y un día será el marido y el padre

perfecto, que es lo que necesito a mi lado. Eso no quita que, de vez en cuando, me dé un capricho para alegrarme el cuerpo --dijo con toda la naturalidad del mundo la muy cerda. La sangre me hervía de rabia pero debía contenerme.

-Joder tía, qué calculadora eres... no me gustaría estar en la piel de tu novio jajaja --dijo él empujando su cabeza para que se la chupara.

-¿Y dices que mi hermana no te suena de nada? --preguntó ella después de un par de lamidas a su grueso miembro que crecía en su mano.

-No que yo recuerde aunque, la verdad, me he tirado a tantas que es difícil acordarse de todas --le contestó Abel acariciando su pecho y provocando que su pezón se hinchara de placer.

-Si al final va a ser verdad que era todo mentira... ya me lo avisó Maite pero no le hice caso. Por eso fui a buscarte aquel día, sentía curiosidad por saber si era cierto todo lo que contaba --Lorena seguía masturbando con lentitud la polla de Abel que ya estaba en todo su esplendor.

-Y yo me alegro que lo hicieras y tú tampoco podrás negar que también. Bien que vienes cada semana buscando tu ración de polla --dijo él levantándose de golpe, colocándose encima de ella y con aquel mástil rozando su sexo hambriento.

-Joder, sí... qué gusto... -suspiró Lorena moviendo su pelvis para potenciar el roce con aquella barra de carne.

-¿Quieres volver a hacer cornudo a tu novio? ¿Joder a tu hermanita aunque al final todo fuera una mentira suya? --preguntaba él mientras se movía punteando a mi hermana que jadeaba ansiosa.

-Sí, por favor... que se joda Paula, que se joda Miguel... ¡¡métemela de una puta vez, cabrón!! --le gritó ella.

Una sola estocada y aquella enorme polla se enterró dentro de ella que gritó desafortadamente, pensé que le había hecho daño pero no, enseguida empezó a suplicarle que le diera más y más fuerte, cosa que él empezó a hacer al instante. Lo siguiente que grabé fueron sus dos cuerpos follando como animales, sus gritos de placer y el crujir de la cama bajo ellos.

No tenía sentido seguir allí. Si al llegar pensaba que podía hablar con mi hermana, convencerla que se había equivocado y que intentara arreglar su relación con Miguel, después de lo que había visto y oído ahora lo que tenía claro era que debía contarle la verdad a Miguel, abrirle los ojos y alejarle de aquella víbora que era mi hermana.

Lo que quedaba de aquella noche la pasé buscándole. Cuando llegué ya no

estaba en casa de Maite y ella no sabía dónde estaba. En su casa donde volví tampoco estaba y no contestaba a su móvil. Llamé a toda la gente a la que pudiera haber acudido, no teniendo suerte en ello. Ni su familia sabía dónde estaba y sólo conseguí preocuparlos al llamarlos en plena madrugada.

Tras pasar por varios hospitales para cerciorarme que no hubiera cometido una locura, al final decidí volver a mi piso y descansar algo para reemprender su búsqueda por la mañana. El cansancio acumulado y el cúmulo de sensaciones y descubrimientos del día anterior hicieron que me quedara dormida hasta casi el mediodía.

Cuando me desperté, lo primero que hice fue mirar el teléfono. Ninguna llamada de Miguel, muchas de Lorena, Maite y de la familia de Miguel. Solo devolví las últimas para decirles que seguía sin saber nada de él. Me pasé la tarde haciendo llamadas, dando vueltas con el coche por la ciudad intentando localizarlo pero nada, fue todo en vano.

Al final de la tarde de aquel día que se me estaba haciendo eterno, por fin recibí noticias de Miguel. Un escueto mensaje dándome la dirección donde estaba, rogándome que no se lo dijera a nadie más y que quería hablar conmigo. Casi volé con el coche para llegar donde estaba y cerciorarme que estaba bien.

Cuando me abrió la puerta, me abalancé sobre él llorando mientras me abrazaba a él, llamándole de todo por el susto que me había dado, mientras él solo se dedicaba a acariciarme el cabello anonadado por mi reacción. Cuando conseguí calmarme, nos separamos los dos y nos quedamos mirando.

-Creo que tenemos que hablar de lo que pasó anoche --dijo Miguel-quiero saber tu versión de lo sucedido para tomar una decisión sobre qué hacer con Lorena y también contigo.

-¿Sospechas de mí? --pregunté algo enfadada.

-Ahora mismo no sé qué pensar de nadie así que prefiero escucharte a ti primero antes de reunirme con Lorena --dijo Miguel.

En cierto modo entendía sus recelos. Se sentía engañado y eso que no sabía ni la mitad de las cosas pero debía saber con qué mujer había compartido su vida los últimos tres años.

-Entiendo tu postura. Sé que esto va a ser duro para ti pero creo que debes ver y escuchar esto --le dije alargándole el móvil con el vídeo en cuestión que grabé la noche anterior que ya me parecía tan lejana.

Empezar la reproducción y ya pude notar la crispación en su cuerpo al ver

en la misma cama a su novia y al chico que se la había follado casi delante de sus narices. Y todavía quedaba lo peor por venir. Se dejó caer en el sofá, aturdido por lo que estaba descubriendo pero sin soltar el móvil y atento a todo lo que sucedía.

Cuando acabó, me senté a su lado y le acaricié la mano como había hecho la noche pasada.

-¿Estás bien? --le pregunté.

-¿Tú qué crees? --Me contestó- ¿qué es eso de la mentira que tú le contaste?

Le expliqué lo que había sucedido en nuestro anterior encuentro y cómo, sin saberlo, había iniciado el interés de mi hermana por aquel semental. Al principio, solo con el afán de joderme pero luego, cuando probó las mieles del placer, haciéndolo a los dos.

Miguel solo escuchaba, con el ceño fruncido y pensativo, mirándome mientras hablaba y poniéndome nerviosa, temiendo que una vez acabara de contarle todo no quisiera saber nada más de mí y me culpara de ser la causante de su desgracia.

Cuando acabé de hablar esperé su reacción que no se producía y entonces lo miré. Su rostro se había apaciguado, como si se hubiera quitado un peso de encima, confundiéndome aún más.

-¿Sabes? Me alegro de no haberte perdido a ti también --me dijo acercándose y besándome.

Me cogió por sorpresa, no esperaba para nada lo que estaba pasando pero la intensidad de su beso y notar sus grandes manos empezar a recorrer mi cuerpo vencieron cualquier duda o reticencia que pudiera tener. Le devolví el beso, con mayor ímpetu e intensidad que la que él había usado, causando que sus leves caricias se convirtieran en un magreo en toda regla.

Estaba totalmente encendida, completamente desatada, cuando él me separó de forma brusca interrumpiendo el beso y el hacer de nuestras manos. Creí que lo asaltaban los remordimientos pero nada más lejos de la realidad.

-Enséñame tus tetas de nuevo --me ordenó.

No lo dudé. Bajé mis manos hasta alcanzar el borde de la camiseta y la subí hasta despojármela por la cabeza, mostrándole mis pequeñas tetas y mis pezones, grandes y duros a causa de la calentura de los escarceos anteriores.

Miguel contempló mi torso desnudo y alargó sus manos, posando cada una sobre cada pecho, cubriéndolos en su totalidad con ellas y arrancándome un

hondo suspiro de placer. Las acarició a placer, disfrutando con su textura, sopesando su firmeza, pellizcando mis pezones, volviéndome loca de placer notando las manos del hombre que quería acariciándome de aquella manera.

-Chúpamela --me pidió a la vez que soltaba mis pechos dejándome huérfana de aquel placer.

No iba a negarle nada a esas alturas, así que me arrodillé ante él notando por primera vez el bulto que había crecido en su entrepierna y que yo había causado, provocándome una sensación de orgullo por ser capaz de provocar ese efecto en él. Desabroché su cinturón, él alzo sus caderas para ayudarme a hacer bajar el pantalón y el bóxer, saltando su miembro enhiesto como un resorte casi golpeándome en mi mejilla.

La contemplé embelesada, por primera vez la contemplaba en todo su vigor y a escasa distancia y, aunque Miguel no me lo hubiera pedido, en ese momento no hubiera podido impedir lo que tanto tiempo había deseado. Con mi mano derecha la sujeté por la base, acariciándola suavemente, mientras mi boca se acercaba a su glande para besarlo, probando los primeros fluidos que surgían de su interior, mientras la izquierda masajeaba sus testículos.

Un hondo gemido de Miguel resonó por la habitación, animándome a seguir, empezando a engullir su miembro que me supo delicioso, alcanzando apenas la mitad de él pero suficiente para hacerle gozar. Supe que iba por buen camino cuando noté su mano acariciar mi cabeza, su cuerpo reclinarsse en el sofá y los gemidos escaparse de su garganta a medida que aumentaba la intensidad de la mamada que le estaba haciendo.

No sé cuánto tiempo llevaba allí, postrada ante él, dándole placer, cuando noté su cuerpo tensarse y supe que iba a correrse.

-Te voy a llenar con mi leche --gruñó a la vez que sentía como su polla disparaba chorro tras chorro su semen en mi boca, tragándolo como podía, saboreando su esencia cosa que hasta esa fecha nunca había hecho con ningún otro hombre.

Aún después de dejar de derramarse en mi boca seguí chupando y lamiendo, alargando su agonía y no queriendo separarme de aquel miembro que no me cansaba de saborear. De nuevo, fue Miguel el que me apartó de mi nuevo juguete para mi total consternación.

-Desnúdate y súbete al sofá --ordenó de nuevo.

Me apresté a obedecerle, bajando de un tirón las mallas y las braguitas que me costó separar de mi sexo empapado, quedándome completamente desnuda

ante él que no perdía detalle de mi desnudez. Me subí al sofá, colocándome de rodillas encima de él, esperando el momento en que me ordenara que me clavara en su polla, cosa que estaba deseando, que necesitaba.

De nuevo me equivoqué. Sus manos se aferraron a mis nalgas y empujaron mi cuerpo hacia adelante, dejándolo al alcance de su boca que se apoderó de mi sexo, lamiendo mis labios que se abrieron a él y a su lengua juguetona, que recorría toda mi raja provocándome auténticos espasmos de placer. Estaba a su merced y lo único que podía hacer era sujetarme a su cabeza para no perder el equilibrio y, así de paso, evitar que pudiera abandonarme en medio del martirio que me estaba provocando.

Cuando su lengua alcanzó mi clítoris y se entretuvo lamiéndolo y pellizcándolo con su lengua, supe que no iba a durar nada.

-Me voy a correr...- le grité pero él no hizo caso y siguió a lo suyo, lamiendo y chupando, provocando que escasos segundos después estallara en el orgasmo más apoteósico que había tenido en mi breve vida sexual.

Mis rodillas se doblaron y mis brazos apenas podían aferrarse a su cabeza, me sentí caer en el placer más absoluto mientras pugnaba por recuperar la cordura y la respiración. Sentí como si me mareara pero no, era Miguel que teniéndome abrazada por la cintura me depositaba sobre el sofá, dejándome recostada en él.

Si pensaba que iba a darme algo de tregua, enseguida confirmé que no iba a ser así. Noté su glande rozar mis labios vaginales, impregnándose de mi humedad y alargando el orgasmo que aún resonaba por todo mi cuerpo. ¿Se podía sentir más placer?

Sí, se podía. Lo supe cuando sentí su glande abrir la entrada de mi cueva, entrar sin prisa pero sin pausa, abriéndome por dentro como nunca habían hecho, rozando aquel trozo de carne zonas inexploradas hasta entonces y dándome a probar la experiencia más embriagadora de mi corta vida.

Gemí, grité y creo que hasta lloré mientras sentía su miembro entrar y salir cada vez más rápido de mi interior, mientras notaba su cuerpo moverse sobre el mío, sus labios alternando entre mis dos pechos, sus fuertes nalgas empujando con vigor mientras mis manos las aferraban pidiéndoles más y más.

Me corrí de nuevo o era el mismo orgasmo que aún no había acabado pero Miguel seguía penetrándome sin tregua, después de haberse corrido su aguante había aumentado y no parecía próximo a llegar a su clímax.

Nuestros cuerpos estaban cubiertos de sudor, notaba sus bufidos en mi

cuello donde ahora reposaba su cabeza mientras seguía embistiéndome como si le fuera la vida. Al final noté como aceleraba de forma brutal, arrancándome auténticos gritos e instantes después notaba los trallazos de su esperma golpear el interior de mi vagina, provocándome un nuevo orgasmo, devastador, que ahora sí me dejó totalmente desfallecida.

-Te quiero --le susurré al oído mientras nuestros cuerpos aún se convulsionaban fruto del placer.

No me contestó. Tampoco lo esperaba. Sabía que él no me quería, no aún, pero después de lo que habíamos compartido en ese sofá, no pensaba darme por vencida y hacer todo lo que pudiera para conseguir ser correspondida. Lorena me había dado una oportunidad con el hombre que amaba y no iba a dejarla escapar.

### Epílogo

Han pasado casi dos semanas desde nuestro primer encuentro y, día tras día, no he dejado pasar la oportunidad de disfrutar de su cuerpo y él del mío. Sé que mi hermana lo llama a diario, sigue sin entender qué ha pasado, porque Miguel no estaba en casa esperándola, porque no le devuelve las llamadas. Yo tampoco lo hago.

Y lo peor es que, poco a poco, se empieza a correr el rumor que Miguel se ha ido, que ya no está con ella, que algo ha pasado entre ellos que ha provocado que él la abandonara.

Pero a mí eso me da completamente igual. Solo sé que tengo para mí a Miguel, ese hombre al que creía inalcanzable y al que, inexorablemente, cada día noto más cercano, veo que se le escapan gestos de cariño hacia mí y sé que, más pronto que tarde, se dará cuenta que siente algo por mí. Estoy deseando que llegue ese momento.

El único nubarrón en mi horizonte sigue siendo el mismo, Lorena. Hoy cuando he llegado él estaba hablando con ella de nuevo, aguantando su verborrea sin sentido ya para él. Como siempre, me he arrodillado y he empezado a tragarme su polla. Es como un ritual, me encanta y sé que a él también. Cada vez soy capaz de tragar más de ese miembro que me vuelve loca, me he vuelto en una experta en darle placer con mi boca y no tardo en conseguir que se corra, llenando mi boca con su leche, cosa que disfruto cada vez que lo hace.

Él sigue con el teléfono en la mano sin apenas hacer caso a lo que le dice, se le escapan gemidos que Lorena capta e intenta sonsacarle si está con



alguien. Miguel solo sonríe mientras me ve desvestirme y se relame al contemplarme desnuda. S e que no debería hacerlo pero es cuestión de tiempo que se entere, as i que cuando oigo que le pregunta que quien es la puta que se est a follando le quito el teléfono a Miguel.

-Hola hermanita, perdona que no te saludara antes pero tenía la boca llena... y ahora, tanto si te gusta como si no, voy a colgarte que estoy deseando follarme a Miguel como llevo haciendo desde el día que le pusiste los cuernos con aquel gilipollas --le digo mientras observo como él se desnuda del todo y su miembro sigue apuntando al cielo reclam ndome. Le acaricio su polla y él mis pechos que tanto le gustan pese a ser pequeños.

-Por cierto hermanita, muchas gracias por ser tan gilipollas y dejarte follar por ese t o... espero que te valiera la pena porque yo, personalmente, no cambiaba por nada del mundo las folladas que me pega mi Miguel --dijo resaltando lo de mi Miguel.

-Ser s puta --oigo mientras tiro el teléfono sobre la cama, enred ndonos los dos en un mar de besos, abrazos, hasta que siento como su miembro se clava en mi coño que lo recibe con gozo, empezando aquel baile que tanto estábamos practicando los últimos días, solo que esta vez es especial, ambos sabemos que Lorena está escuchando y eso da más morbo a la situación.

S e que Lorena no dejara pasar esta afrenta, que no parara hasta vengarse de m i y de Miguel, que quizás debería estar preocupada, pero no puedo, no mientras siento como Miguel se corre de nuevo dentro de m i, me vuelve a provocar el enésimo orgasmo desde que estamos juntos y, por fin, oigo las tan deseadas palabras salir de su boca.

-Yo también te quiero.